



Los libros

i.e.e.

PERIFERIA

BEATRIX BECK: Acomodos con el cielo. Buenos Aires, Ediciones "La Reja", 1956.

En el primer libro de Beatrix Bécck que conocimos aquí,¹ la autora, impresionada quizá por el éxito de Cócchioli, de Greene, de Mauriac, tentó suerte mezclando ingredientes de los tres, y así salió "León Morin, sacerdote", especie de diario autobiográfico, con sus inevitables toques de aparente escándalo, problemas de conciencia, religión, sociedad, etc., y su no menos inevitable premio literario. Flores comunes en una literatura de posguerra ya evidentemente agotada, B. Beck obtuvo, no obstante, un éxito quizá no legítimo pero innegablemente de proporciones.

Ahora llega el segundo. Manejando con suma habilidad y una superficialidad impresionante una serie de elementos heterogéneos pero de segura repercusión, ha construido este "ente híbrido" (no podemos llamarlo novela) —impalpable secuencia del anterior— que mucho se parece, en líneas generales, a una colección de artículos del

Reader's Digest. Con cronométrica regularidad, la autora repite sus argumentos: catolicismo, comprensión (tan católica y comprensiva es que se ha casado con un judío), tolerancia, falta de recursos materiales, viajes absurdos, palabras y letanías en latín, parientes pintorescos, vulgaridades, la hija que crece, el marido muerto, el sexo dominado, un día de sol, críticas veladas a una sociedad teóricamente perfecta, etc., etc., etc. Así corre el libro, con prosa por desgracia liviana (lo cual impide abandonarlo desde el principio) y con un desenfado y una inconsciencia que serían deliciosos si la autora los dedicase a cuentos de hadas y de animales, y no a libros que en el fondo pretenden ser testimonio y documento.

Testimonio y documento es, este libro, no ya de la sociedad temporal que quiere pintar la autora, sino, a pesar suyo, de esa otra imponderable sociedad intelectual a la cual pertenece. A la de esa serie de "artistas" que, de tanto poner los ojos en la realidad, aquí y ahora en el mundo, dejan por eso mis-

(1) **León Morin, sacerdote.** Bs. As., Emecé 1954.

mo de captarla, dedicados sólo a contornear lo externo, lo sensible, lo atrayente y fácil, sí, pero también mudable y fugitivo. De la misma manera que alguien que se dedice a atesorar cenizas, mientras, oculto e invisible, el fuego sigue ardiendo en alguna otra parte.

En resumen: un libro que, leído, nos mueve a pensar que hasta Françoise Sagan quizá sea inteligente.

C. M.

FRANÇOISE SAGAN: *Bonjour Tristesse* y *Un certain sourire*. Paris, Juillard.

Rimbaud, Lautréamont, Radiguet... Los franceses no resisten al placer de descubrir genios infantiles o adolescentes. Con la aparición del primer libro de Françoise Sagan, la duda era todavía posible. Se buscó precocidad allí donde había copia o infantilismo. Porque se describía alguna escena un poco cruda, los "bien pensants" pusieron el grito en el cielo. Es que *Bonjour Tristesse* evoca sutilezas psicológicas, aburrimientos de aristócrata en un cuadro 1920, sin la exquisitez de un Proust y con la morbosidad de una chica de Liceo. Ahora, con *Un certain sourire*, se evidencian los pobres recursos empleados, en un paralelismo de caracteres estereotipados, en situaciones convencionales.

Esquemáticamente, los personajes (puesto que se habló de agudeza psicológica), serían los siguientes: en *Bonjour Tristesse*, una "niña bien" con un padre rico y viudo, moviéndose en una sociedad de financistas, de hombres de mundo, donde el máximo entretenimiento es la ronda de amantes más o menos emputecidas. Frente a ellos Anne, la rubia Anne, la delicada y fuerte intelectual que pondría orden en esas vidas de una bo-

hemia que rechazarían los románticos más ortodoxos. Y como marco juvenil, Cyril, el atleta, el estudiante rico, con villa en Cannes, con velero, con el sol, con el mar. *Un certain sourire* vuelve a replantear situaciones; la misma "niña bien", pero transformada en estudiante; el hombre ya maduro, que no es el padre sino el amante (¡la fijación paterna se hace evidente!); la mujer segura de sí, Françoise; el adolescente, Bertrand. Pero a pesar de esta evidente falta de imaginación, hay cambio. Al poner en juego los titeres de *Bonjour Tristesse*, Françoise Sagan opta por un cinismo quinceañero, por un defender cierta libertad de costumbres, por rehuir lo establecido. Vivir artificialmente, pero sin problema moral. Y Anne desaparece. Queda solamente la desazón; Cécile termina diciendo: "cuando estoy en mi cama, al amanecer, con el solo ruido de los autos en París, mi memoria me traiciona a veces: el verano vuelve y todos sus recuerdos. ¡Anne! ¡Anne! Repito ese nombre por lo bajo y largamente en la oscuridad. Algo sube entonces en mí que llamo por su nombre: Bonjour Tristesse". No es que Dominique (otra reedición de Françoise Sagan) sea distinta, pero es consciente desde el primer momento de un estado de cosas al cual asiste como espectadora y al que se halla identificada por inercia. "Me siento absolutamente responsable. Pero, ¿de qué? ¿De mi vida? Es bien *suple*, bien maleable. No soy desgraciada. Estoy contenta. Ni siquiera soy feliz. No soy nada". De allí brota esa sensación de fracaso, de *spleen*, de inutilidad total y de rebusques estetizantes.

Aún la descripción de actos sexuales, que Françoise Sagan no escatima, tiene sabor a cosa prohibida. Es un poco la actitud de un